

# LAS NIÑAS,

COLECCION

DE CUENTOS Y LEYENDAS, 7-298

EN PROSA Y VERSO,

dispuesta para servir de lectura en las escuelas  
de niñas,

POR

DOÑA LUISA ESCUDERO.

---

MADRID.

LIBRERÍA DE GONZALEZ Y FERRIZ,  
calle de la Encomienda, núm. 15.

—  
1877.

Es propiedad de D. Antonio Ferriz, y se perseguirá con arreglo á la ley al que la reimprima sin su consentimiento.

ESTABLECIMIENTOS TIPOGRÁFICOS DE M. MINUESA,  
Juanelo 49, y Ronda de Embajadores.

Nos el licenciado D. Fulgencio Gutierrez y Colomer, presbítero, caballero gran cruz de la real Orden americana de Isabel la Católica y Vicario eclesiástico de esta M. H. villa de Madrid y su partido, etc.

Por el presente y por lo que á nos toca concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse la obra titulada *El Consejero de las Niñas*, colección de cuentos y leyendas en prosa y verso, por doña Luisa Escudero; mediante que de nuestra orden ha sido examinada y no contiene, segun la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral. Madrid y Noviembre diez y seis de mil ochocientos setenta y siete.

LIC. GUTIERREZ.

Por mandado de S. E.

LIC. JUAN MORENO GONZALEZ.



---

## PRÓLOGO.

---

### A LAS NIÑAS.

Grabad, queridas niñas,  
en vuestras tiernas almas  
de este pequeño libro  
las saludables máximas.

Leedlas reflexivas  
que todas emanadas  
son de la ley sublime  
que Cristo promulgara,  
y del profundo afecto  
que me inspira la infancia.

Del libro que os ofrezco  
en las modestas páginas,  
vuestros deberes todos  
y virtudes preciadas  
se enumeran y aplauden,  
se admiran y se alaban.

Tomad por norte, guía  
y bienhechora pauta,  
los sencillos ejemplos  
dó hallareis consignadas  
las virtudes que deben

ilustrar vuestras almas.

La tierna pastorcilla  
que ferviente plegaria  
al Hacedor eleva  
cuando despunta el alba;

La niña compasiva;  
la humilde y aplicada;  
la que filial afecto  
á sus padres consagra  
en premio á los desvelos  
con que su dicha labran;  
la que paciente y dócil  
se muestre resignada  
ante las desventuras  
que la existencia amargan;

Todas el digno premio  
logran, por su constancia,  
en los nobles instintos  
y del bien en la práctica.

Que os sirvan de modelo,  
celosas imitadlas,  
y con la inexplicable  
y bienhechora calma  
que reina en la conciencia  
del que del mal se aparta,  
lograreis el afecto,  
la tierna confianza  
que todos en vosotras  
tendrán depositada,  
y el premio merecido,  
la recompensa grata  
que el Sumo Ser concede  
al que su Ley acata.



## FRUTOS DE LA COMPASION.

### I.

En una de las Islas Antillas, magnífico resto de los dilatados dominios que en algun tiempo poseyera España en el continente americano, habitaba un rico colono, que al perder á su esposa, reconcentró todas las afecciones de su alma en Blanca, hija única que apenas contaba ocho años, de semblante tan agraciado como de bondadoso corazón.

Ella era la providencia de todos los infortunados, el consuelo de todos los desvali-

dos y la amable intercesora que, merced al imperio que sobre el corazón del adusto colono ejercía, lograba dulcificar algún tanto la mísera existencia de los esclavos, que, en los ingenios y cafetales, gemían bajo la despótica autoridad de un capataz inhumano, y hallaban en la amarra y en el látigo el castigo de sus menores descuidos.

Entre los negros para quienes Blanca era el ángel tutelar á cuyas instancias se doblegaba siempre el carácter inflexible de su padre, y ante cuyas súplicas se anulaban ó disminuían los castigos, había un joven llamado Ismael, que por su génio discolo y poco complaciente se había atraído la animadversión y ojeriza de los encargados de dirigir el trabajo en un ingenio de azúcar.

Un día, entretenido Ismael en los alrededores de un bosque próximo, no pareció á encargarse del trabajo acostumbrado en más de dos horas, por lo que, el colono, temiendo que hubiese huido, mandó que fuesen en su busca los demás esclavos y el capataz. Apenas le hallaron, éste le mandó atar y lo condujo al ingenio, disponiéndose luego, por orden del colono, á castigarle duramente.

Entretanto Blanca, que ya se había levantado, oyó los suspiros y sollozos que exhalaba el infeliz negro; corrió hácia donde

sonaban, y encontró á éste atado al poste donde habia de recibir los latigazos que el despiadado capataz habia ordenado que se le dieran.

—¡Oh niña Blanca!—exclamó el mísero Ismael al verla,—¡tened' compasion de mí y suplicad á vuestro padre que me perdone!... ¡Ved,—añadió señalando al formidable látigo,—el castigo que me espera por una leve falta que juro no volver á cometer!

Apénas oyó la niña estas palabras, corrió desalentada á donde se hallaba su padre, se arrojó á sus piés tendiendo hácia él sus manecitas, y derramando abundantes lágrimas, le dijo:

—Padre mio, por el amor que me profesais, os ruego que perdoneis á Ismael: su falta es harto ligera y no merece un castigo tan cruel; además se halla arrepentido y promete obedecer en lo sucesivo todos vuestros mandatos.

—Es inútil que intercedas,—contestó el colono procurando disimular con su aspereza, la impresion que le causaban las palabras de su querida niña.—Ismael es un holgazan y el perdonarle equivale á autorizar sus faltas y excesos.

—Pero el castigo que se le imponga,—replicó Blanca,—no recae sobre él únicamente.

Ismael tiene un padre que al contemplar el castigo de su hijo, padecerá más que éste todavía. ¿Acaso tú, querido padre, no deplorarías que me sucediera una desgracia, más que si te aconteciera á tí mismo?

—Es cierto, hija mía,—contestó enternecido el colono;—nunca desoiré los ruegos de la inocencia cuando los inspiran la caridad y el amor filial; corramos á librar á Ismael del castigo á que por su holgazanería y descuido se habia hecho acreedor.

Y cogiéndola de la mano la llevó al sitio donde estaba el negro: él mismo le desató del poste, y le dijo:

—A las súplicas de mi querida hija debes tu perdón; mas no olvides en lo sucesivo que si no te haces digno de él, nadie podrá librarte de mi justa cólera ni del castigo á que con tu mala conducta te hagas acreedor.

Apenas se repuso el negro de su asombro, se arrojó á los piés de Blanca, demostrándole su agradecimiento; ofreciendo cumplir con exactitud todos sus deberes, y jurando no olvidar nunca el beneficio que acababa de dispensársele.

## II.

Trascurrieron algunos meses despues de

éste suceso sin que Ismael volviese á dar motivo de queja ni á hacerse merecedor del castigo que con su bienhechor influjo le habia evitado Blanca.

El padre de ésta habia padecido una enfermedad, y aunque ya convaleciente, no podia abandonar la habitacion en que se encontraba y en donde su hija le habia prodigado los más tiernos y solícitos cuidados.

Mas aconteció que una noche se declaró un voraz incendio en la quinta. En vano procuraron atajar sus devastadores progresos: un inmenso velo de llama, alimentado por multitud de maderas hacinadas á su alrededor, envolvió todo el edificio y destacó su siniestra claridad entre las apacibles sombras de la noche. Por mucho que hicieron, tanto los criados como los esclavos negros, el incendio siguió destruyéndolo todo, y perdidas las esperanzas de dominarlo, nadie cuidó más que de poner en salvo y de sacar de la quinta los muebles de más valor y los cofres y cajas que contenian la inmensa fortuna del colono.

Este, debilitado por la enfermedad, no pudo soportar la emocion que aquella imprevista desgracia le causaba; y desmayado y sin conocimiento fué sacado de la quinta por dos negros que le condujeron á un cober-

tizo próximo á ella. Allí se le prodigaron los auxilios que exigian su crítico estado y la desgracia de que era víctima, consiguiendo hacerle volver en sí.

—¡Mi hija!—gritó,—¡mi hija se abrasa!

En el tumulto y la consternacion que el incendio habia producido, nadie como queda dicho, se habia cuidado más que de ponerse en salvo. Así es que las palabras del colono produjeron un estremecimiento de terror. La llama habia dado la vuelta á todo el edificio que no era más que una inmensa hoguera y que amenazaba desplomarse de un momento á otro.

Era por lo tanto imposible penetrar en la quinta. Figúrese quien pueda la desesperacion del infortunado padre, y el espanto de sus fieles servidores. Inmóviles todos de espanto y dominados por el asombro, solo cuidaban de contener al colono que á todo trance y con loca insistencia pugnaba por penetrar en el abrasado recinto donde solo una muerte segura le esperaba.

En esto, un criado señaló un punto móvil en el incandescente foco del incendio. A través de los rojizos reflejos de éste se veia una figura humana de formas indecisas que recorria, con vertiginosa rapidez, las largas galerías y corredores de la quinta.

—¡Es mi hijo! ¡Es Ismael!—exclamó un anciano negro.

Era verdad. Solo á la paternal perspica-  
cia de un padre era dable reconocer al arro-  
jado esclavo en cuyo torno se veían caer  
piedras calcinadas y maderos ardiendo.

Pasaron algunos minutos de ansiedad  
que á todos parecían interminables, y al fin  
se vió aparecer á Ismael con los vestidos he-  
chos girones y el rostro herido y chamusca-  
do, llevando en sus brazos á Blanca... Así  
atravesó el dintel de la quinta, que poco  
despues se desplomó con horrible estruendo.

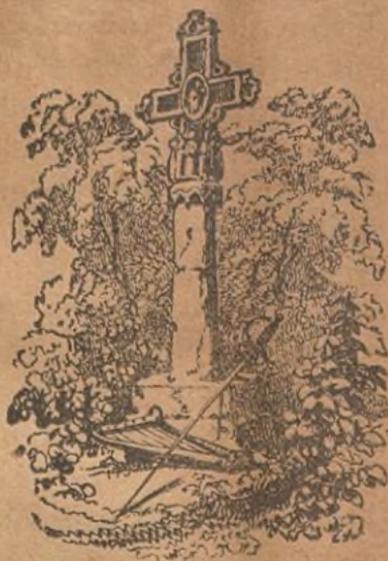
Indecible fué el júbilo que embargó á to-  
dos al ver que el heróico y agradecido negro  
y la inocente niña se habían salvado de tan  
inminente peligro... El colono fuera de sí y  
prodigando las más tiernas caricias á su hija,  
lloraba y reía alternativamente, y daba gra-  
cias á la misericordia divina que le había  
conservado á la que con su cariño le hacia  
amable la existencia.

Blanca por su parte, apénas repuesta del  
susto, y despues de abrazar tiernamente á su  
padre, dijo:

—Solo la gratitud y el reconocimiento de  
Ismael al beneficio que hace algun tiempo  
le dispensamos y al magnánimo perdon de  
su falta, han podido decidirle á arrostrar una

muerte casi segura para librarme á mí de ella, y por lo tanto, padre mio, justo es que le premieis como merece.

—Es muy justo, hija mia!...—contestó el colono. Y volviéndose á Ismael, añadió:—Sin tí no tendria hija!... Sed libres tú y tu padre y vivid si os place en mi compañía, donde nada ha de faltaros, para demostrar lo que puede la gratitud y para servir de prueba evidente de que nunca queda sin premio la caridad!



LA ENVIDIA.  

---

En la histórica ciudad de Segovia, habitaba, hace algun tiempo, un rico comerciante, hombre ya entrado en años, viudo, y cuyas más caras afecciones se reconcentraban en la única hija de su matrimonio, llamada Juana. Prodigábasele el buen padre todo su cariño; pero Juana estaba dominada por la envidia, de tal modo que todos los mimos de su padre y todos los esfuerzos que éste hacia para que nada faltase á aquel pedazo de su corazon, se estrellaban contra la pasión que reinaba en el alma de Juana; y por más que esta poseía mejores joyas y atavíos que sus amigas, costábale siempre amargas lágrimas el ver lucir cualquiera objeto nuevo á alguna de sus compañeras. El infeliz padre, que seguía paso á paso la desgraciada inclinacion de su hija, sufría horriblemente viendo que cada vez se arraigaba más en ella aquel detestable sentimiento, llegando al colmo de su dolor, cuando comprendió que ya era imposible tornar al buen camino el jóven corazon de la envidiosa Juana.

Por aquel tiempo vino á aumentar los pesares del angustiado comerciante una considerable pérdida en sus intereses, que encadenada luego con otros adversos sucesos, ocasionó la total ruina de su fortuna. Juana, por su parte, vió en estos reveses de la suerte nuevos motivos para sentir con más viveza el aguijon de la envidia, pues además de no poseer lo supérfluo que veía en los otros, faltábale hasta lo necesario de que antes fuera dueña.

Estos crecientes tormentos de Juana, que no se le ocultaban al desgraciado padre, unidos á sus propias pesadumbres, ocasionaron en el honrado comerciante una grave enfermedad, de la cual sucumbió al poco tiempo en medio del mayor dolor por la suerte que en el mundo esperaba á Juana, víctima de su desventurado carácter.

No eran infundados sus temores. Al encontrarse Juana sin el apoyo de su padre y con muy exíguos recursos, vió tambien alejarse de ella á los amigos que su padre conservara en el infortunio, y que una justa antipatía separaba de la atribulada huérfana.

Viéndola en tan lamentable estado, y que en algunas ocasiones llegara á faltarle el sustento, movióse á compasion una caritativa señora que de antiguo conocia á su

far lia y que debia su subsistencia á una  
 co a pension pagada por el Estado en pre-  
 mi á los servicios de su difunto esposo.

Esta apreciable señora fué, acompañada  
 de su hija, niña cuyas excelentes cualida-  
 des ponía de relieve una esmerada educa-  
 cion, á visitar á Juana y á brindarle en su  
 casa una modesta aunque cordial acogida.  
 Al oír sus cariñosas frases, arrojóse Juana en  
 los brazos de su bienhechora, y exclamó llo-  
 rando: — La generosa proteccion que usted  
 quiere dispensarme y que por ningun con-  
 cepto he merecido con mi anterior conducta,  
 así como la saludable compañía de su amada  
 hija, corregirán mis defectos y pasadas cul-  
 pas, cuyas funestas consecuencias he tocado  
 ya. ¿Cómo no corresponder con un completo  
 arrepentimiento á tanta ternura?...

Abundantes lágrimas y sollozos cortaron  
 la voz de la infeliz Juana á quien procuró  
 consolar su bondadosa protectora, animán-  
 dola á persistir en sus buenos propósitos y  
 conduciéndola á su casa de allí á poco, en  
 donde el buen ejemplo, y á la vez el recuer-  
 do de sus pasadas desventuras, la curaron de  
 esa horrible enfermedad del alma que se  
 llama *envidia* y que es siempre base de in-  
 felicidad y gérmen de vicios y aún críme-  
 nes sin cuento.—Desde entónces disfrutó

Juana la apacible calma y tranquilidad de conciencia que solo son patrimonio de aquellos que, en vez de atormentarse ante el espectáculo de la ajena prosperidad, se deleitan y complacen en él, dando así cumplimiento al divino precepto que nos ordena *amar al prójimo como á nosotros mismos.*

Es, niñas, la envidia impura  
castigo al par que baldon,  
manantial de desventura  
y lepra del corazon.



EL PRADO.  
—

Venid, compañeras,  
y alegres corramos  
por la verde alfombra  
que ofrece este prado.  
Las mil florecillas  
que hallamos al paso,  
graciosas nos brindan  
aromas preciados,  
brillante rocío  
y matices varios.  
Mil mariposillas  
entre ellas volando  
extienden sus alas  
del sol á los rayos.  
Dejadlas que alegres  
las flores libando,  
en la selva ostenten  
su espléndido manto.  
La abeja afanosa  
vereis que volando  
entre ellas se mezcla  
inquieta y zumbando.  
Tambien ruisseñores,

jilgueros, canarios,  
con cantares dulces  
conmueven el ánimo.  
Dichosas nosotras  
que estamos gozando,  
unidas y alegres,  
de tantos encantos.  
Venid, compañeras,  
y alegres corramos  
por la verde alfombra  
que ofrece este prado.



## LA HUERFANITA.

Cierto opulento Baron habitaba un suntuoso palacio, gozando en él todo género de comodidades y considerándose dichoso al verse rodeado de fieles servidores, al recibir las caricias de su hija, y al contemplar á su jóven y amante esposa completamente restablecida de la grave y penosa enfermedad que durante largo tiempo la habia postrado en cama.

El gozo inefable que el Baron sentia, al fijar su atencion en madre é hija, rayaba en el delirio cuando, unidas ambas, apreciaba el talento educativo y entrañable cariño de la madre, y el natural despejo de la niña.

Así corria el tiempo para aquella afortunada familia, cuando una noche, Tomás, el sirviente de más confianza de los señores, entró corriendo en la habitacion del Baron, llevando en sus brazos un recién nacido, y en sus manos una preciosa caja cerrada.

Al notar el Baron el agitado rostro del sirviente y observar lo que en sus brazos llevaba:—¿Qué es esto, Tomás?—le dijo.

—Señor,—contestó el criado,—en el momento de cerrar la puerta principal del palacio, hirió mis oídos el llanto de este inocente, que, reclinado sobre un colchoncillo de plumas, y con esta cajita al lado, parecía demandar auxilio.

Yo entonces, sin detenerme un instante é impulsado por un sentimiento de caridad, le tomé en mis brazos y he corrido presuroso con ambos hallazgos para presentároslos.

La cariñosa y bella esposa del baron, que tenia en los brazos á su pequeña Leonor, la entregó á su esposo y recogió de manos del fiel Tomás el recién nacido, que resultó ser una preciosa y robusta niña que apenas contaría seis días.

Al desenvolverla para ver si tenia alguna señal que indicase su procedencia, posicion social ó antecedentes de su desgracia, observaron entre la faja un papel doblado.

Mientras el baron leia para sí el contenido de la carta, su esposa ordenó al sirviente Tomás, que ásorto contemplaba aquella escena, buscarse al momento una nodriza para aquella niña, y que entre tanto la diera el pecho el ama de Leonor.

Tomás partió sin demora á cumplimentar la orden de su señora; y cuando los es-

posos quedaron solos, el baron leyó en alta voz la carta, que estaba concebida en estos términos:

«Señor Baron: conociendo de muy antiguo los nobles y generosos sentimientos de usted, me atrevo á suplicarle reciba bajo su amparo á esta inocente niña que necesita un protector á quien mirar como padre, hasta que el suyo, que hoy la abandona lleno de dolor, la pueda reclamar.

Confío en que usted y su digna esposa, serán tan buenos y cariñosos como lo desea su padre.

Si pasados 15 años no se ha presentado nadie á reclamarla por hija, romped la cajita que hallareis á su lado; y visto su contenido, decidla á quién debe la existencia. Pero entretanto, que pase para todos, y aun para ella misma, como una huérfana á quien por caridad habeis recogido.

¡Ojalá pueda reclamarla pronto: entonces abriremos la misteriosa cajita confiada á vuestra honradez y discrecion, y os daré cuantas explicaciones me pidais para demostrar mis derechos paternales y para daros conocimiento de los desgraciados sucesos que me han obligado á poner bajo vuestra custodia y solicitud á ese tierno ser, pedazo querido de mi corazón.

Entre tanto, recibid la más tierna expresión del cariño y gratitud que os envía,

*Un padre desgraciado.»*

«P. D. La niña está bautizada con el nombre de Luisa.»

Cuando el baron hubo terminado la lectura de la carta, su noble esposa, no pudiendo contener las lágrimas, estrechó sollozando entre sus brazos á la tierna Luisa, ofreciendo ser para ella una verdadera madre. Tambien el baron prometió amarla como á su propia hija.

Poco despues de esta escena llegó Tomás con la nueva nodriza, á quien entregaron la niña con muestras del más vivo interés, cuidando de ella durante el tiempo de la lactancia, con el mismo cariño y solicitud que á Leonor.

Así pasaron algunos años.

Las niñas crecieron y fué preciso atender á su educacion. La pobre Luisa era dócil y aplicada, conociendo que era por caridad cuanto con ella se hacia; pues no ignoraba que aquellos bondadosos señores que con tierna solicitud atendian á su educacion y sustento, no eran sus padres. Leonor, por el contrario, aunque de privilegiado talento,

como desde su tierna edad manifestó, perdía lastimosamente el tiempo, prevalida del excesivo cariño que sus padres la demostraban; y que—como mil veces dijo á Luisa,—ella era hija de un opulento Baron, y no tenía tanta necesidad de aplicarse.

Sin embargo, los triunfos escolares que Luisa alcanzaba, sobre Leonor, debidos únicamente á su aplicacion y laboriosidad, mortificaban tanto á ésta, que procuraba vengarse de Luisa siempre que hallaba ocasion oportuna, recordándole á cada paso que ni aun padres tenía, y que hasta la educacion recibida era por caridad.

Luisa lloraba amargamente sus desgracias y las duras frases que la dirigía la afortunada Leonor, mas nunca tuvo para con sus protectores el más leve indicio de resentimiento, ni una palabra desagradable para Leonor, á quien respetaba y quería como á su noble protectora y más predilecta amiga.

Su fé en la Divina Providencia, de quien esperaba el fin de sus padecimientos, la daban valor para sobrellevar con santa resignacion las injurias y desprecios de la altiva Leonor.

Trascurrieron así algunos años; y cuando ya iba Luisa á cumplir los catorce, se presentó cierto dia en casa del Baron un caballero;

habló largo rato con éste y con su esposa, y despues llamaron á Luisa.

La modesta jóven se presentó vergonzosa, y tomándola su protector de la mano, la presentó al caballero, diciéndole: «Señor marqués, aquí teneis á vuestra hija, digna de vos por sus virtudes, y digna de nosotros, que la hemos educado, por su humildad y aplicacion. El precioso tesoro que confiásteis á nuestra solicitud y cariño, os lo devolvemos aumentado en tiempo, bondad é instruccion. Recibidla con tanta alegría como tristeza nos causa su separacion.»

El caballero, no pudiendo contener las lágrimas, dió rienda suelta á su llanto en medio de los trasportes del más dulce placer.

Luisa no acertaba á salir de su sorpresa, y su venturoso padre, despues de serenarse un poco y enjugar las lágrimas que marcaban sus mejillas, la dijo: No te asombres, hija mia, tú no eres huérfana; yo soy tu padre; pero teniendo que huir de los enemigos que me perseguian, por causas que más adelante sabrás, tuve necesidad de marchar, y no pudiendo llevarte conmigo, te dejé encomendada al cariño de estos señores que durante mi larga ausencia te han servido de padres.

Ya nadie nos separará. Habitaremos cerca de tu amiga Leonor, y de estos nobles se-

ñores, y tendrás cuanto desees, pues eres bastante rica para vivir con toda comodidad y lujo.

Llegó despues Leonor, que admirada al tener conocimiento de lo ocurrido, y avergonzada en presencia de Luisa por las duras frases que algunas veces la habia dirigido, la pidió perdon de su anterior conducta, se abrazaron ambas jóvenes y se prometieron mútuo y fraternal cariño.

Mientras esta escena pasaba entre ambas amigas, el padre de Luisa estrechaba en sus brazos al de Leonor, manifestándole su gratitud y jurándose la más fiel amistad.

Al despedirse Luisa de sus protectores, pronunció las siguientes palabras:

«Al que con doliente anhelo,  
en la triste adversidad,  
auxilio demanda al cielo,  
nunca de Dios la bondad  
le niega calma y consuelo.»



## BONDAD Y AGRADECIMIENTO.

Un hermoso día de verano, corrían varios niños por el campo persiguiendo á un pobre perro, á cuya cola habian atado un cencerro. El animalito, jadeando y sin aliento por su larga carrera, vé á lo léjos un pueblo y, perseguido siempre por los niños, llega á él, introduciéndose en la primera casa que halla abierta. El ruido del cencerro asustó á sus moradores, que en aquel momento eran una niña llamada Isabel, acompañada de su madre; ambas se alarmaron al ver al perro, porque le creyeron hidrófobo, pero pronto se convencieron de que no era así, al fijarse en que el afan del animalito no era hacer daño alguno y si sólo esconderse para que no le encontraran sus perseguidores. Estos llegan á la casa y piden con porfía que les entreguen el perro para divertirse con él; pero Isabel se opone y suplica á su madre que se niegue á los deseos de los muchachos. Los traviesos niños se retiraron al ver desbaratados sus planes, mientras Isabel daba al per-

ro agua y de comer, quitándole el cencerro que tanto le molestaba. El dócil animal le lamía las manos, haciéndole mil demostraciones de agradecimiento y se arrimaba á ella buscando su proteccion cuando álguien se acercaba.

Desde este dia, fué *Milord* (nombre que Isabel puso al perro) un fiel amigo, acompañándola á la fuente y á cuantas partes iba, sin dejarla un instante.

Así pasaron cuatro años, al cabo de los cuales tenía Isabel doce, y el mimado *Milord* se habia hecho un hermoso perro.

Una tarde la madre de Isabel mandó á ésta por leña al otro lado de un rio, que pasaba cerca de la poblacion; *Milord* la siguió, como de costumbre, corriendo y saltando hasta que llegaron al puente, el cual habia sido derruido, quedando solamente algunas mal seguras tablas. Isabel tembló, pero acostumbrada siempre á la más ciega obediencia, recordó el mandato de su madre y se dispuso á pasar el puente. Apenas habia dado algunos pasos se inclinó la tabla que habia pisado y la pobre niña cayó al rio.

*Milord* dá entonces un doloroso ladrido y se precipita en pos de su ama, vé flotar el vestido y se abalanza á él, logra agarrarle, y luchando con la corriente y haciendo gran-

des esfuerzos, consigue sacarla á la orilla y dejarla en tierra. Principió á hacerla halagos; pero Isabel habia perdido el conocimiento, y el fiel Milord en vano se esforzaba para reanimarla. Viendo que su ama no le acariciaba, empezó á correr dando ladridos de una parte á otra, como demandando auxilio; pero nadie se presentaba á dársele y el tiempo que se perdía era precioso. De pronto, Milord parte con la velocidad del rayo, llega al pueblo y entra precipitado en la casa; la madre de Isabel al verle solo lanza un grito de dolor. El perro vuelve á entrar y salir, ladrando y echando á andar, como diciendo que le siguiesen.

Aturdida la madre de Isabel al observar lo que hacia el perro, y al no ver á su hija, se decidió á seguirle, acompañada de una vecina que no consintió fuese sola.

Milord volaba más bien que corría, como para indicar que anduvieran más de prisa. Llegan al sitio en que estaba Isabel en el momento en que empezaba á dar señales de vida; su madre al verla se lanza á ella vertiendo lágrimas, y la vecina marcha á decir á unos labradores la hicieran el favor de llevar un carro para conducirla á su casa. Cuando los labradores fueron con el carro, ya la niña, vuelta en sí completamente, contaba

á su madre el suceso, prodigando á Milord mil caricias por los esfuerzos que habia hecho para salvarla.

Todos los del pueblo celebraban la buena accion del perro, recordando al mismo tiempo que, si Isabel no se hubiera compadecido de él, hubiera perdido la vida en el caudaloso río.

Es digno de galardón  
quien, modelo de bondad,  
profesa en su corazón  
al prójimo *caridad*  
y al animal *compasion*.



EMILIA LA ORGULLOSA.

---

Emilia era hija de una rica viuda, que tenia por amiga intima á la esposa de un empleado, á cuyo matrimonio habia dado el cielo una preciosa niña llamada Teresita, que á la sazón contaría la misma edad que Emilia ó poco más.

Ambas madres, la de Emilia y la de Teresa, ponian todo su cuidado en dar á sus respectivas hijas la misma educacion y llevarlas igualmente vestidas.

Emilia y Teresa, criadas y educadas juntas, se querian como hermanas, aunque en algunas ocasiones tuvieron entre ellas las desavenencias propias de la edad, que solian terminar pronto y favorablemente merced al excelente carácter de Teresita, que deseando ver siempre contenta á su amiga, cedia sin dificultad alguna á cuanto Emilia solia proponerla, siempre que fuera justo y digno.

Dándose mútuas y repetidas pruebas de amistad, yendo al mismo colegio, saliendo juntas de paseo y vistiendo trajes pareci-

dos, corría dulcemente el tiempo para ambas amigas, hasta que un día, D. Anselmo, padre de Teresita, volvió á casa antes de costumbre, con el semblante alterado y triste. Su virtuosa esposa, le preguntó la causa de aquel abatimiento y tristeza, y él con voz ahogada por la emoción, la dijo que acababa de saber que le habían dejado cesante.

Esta noticia abatió en extremo á la madre de Teresita, pero ocultó su pesar y trató de animar á su marido, diciéndole que quizá duraría poco aquella triste situación; y que entretanto ella y su hija trabajarían para sostenerse con los cortos recursos que les quedaban; y, por su parte, Teresita hizo también cuanto pudo por animar á su padre, prometiendo ayudarles en cuanto estuviere á su alcance, para hacer ménos triste la nueva situación.

Emilia, al saber aquel contratiempo, hizo á su amiga nuevas promesas de cariño, y ambas familias seguían en la más inalterable amistad.

Así iba pasando el tiempo, y á Emilia, como de familia más acomodada, le habían hecho ya varios trajes, sin que la pobre Teresa hubiera variado el suyo, si bien siempre se la veía vestida con un aseo tan grande, que hacía resaltar más y más su natural belleza,

por más que su traje nada tuviera de nuevo ni de elegante.

Suficiente causa era esta para aumentar la compasion y creciente simpatía que hacía su desventurada amiga debia sentir Emilia; mas esta se habia tornado excesivamente orgullosa y creia rebajarse presentándose en el paseo acompañada de Teresa, que no podía igualarla en lujo y ostentacion.

La humilde y resignada niña, conocía el desvío de su amiga, pero jamás sus labios pronunciaron la más leve queja, aunque en su soledad derramaba amargas lágrimas, ni sus padres pudieron apercebirse de su dolor.

En vano la madre de Emilia trató de corregir con afectuosas reconvenciones el grave defecto que notaba en su hija, pues cada dia la dominaba más aquel fatal orgullo que la impulsaba á zborrecer á aquella amiga cariñosa, cuando debia tenerla más consideraciones, atendiendo á que era desgraciada.

Quiso por fin el cielo compadecerse de aquella infortunada familia, y obtuvo un dia D. Anselmo el nombramiento para un destino superior al que habia desempeñado, como recompensa á los servicios prestados y á la injusticia con él cometida al declararle cesante; pero con destino á otra provincia.

Fué necesario partir.

Teresa se despidió de su amiga llena de amargura, y Emilia, á su vez, sintió aquella despedida, pues comprendia que en lo sucesivo Teresa podia ya alternar con ella, sin que la modestia de su traje la sonrojara.

Ambas familias se juraron, al despedirse, un cariño eterno, y la mamá de Emilia ofreció á Teresa, para consolarla, que si ganaba un pleito que hacia tiempo tenia pendiente, iria con su hija á visitarlas al punto donde iban destinadas.

Así trascurrieron cuatro años.

Un dia, al regresar Teresa del paseo, se encontró á su madre llorosa y con una carta de luto en la mano; y al indagar la causa de aquel llanto, supo que la madre de Emilia, despues de gastar en el pleito cuanto tenía, le habia perdido, y de tristeza y dolor habia muerto.

Emilia se encontraba sola y huérfana en el mundo.

Apénas la bondadosa Teresa tuvo conocimiento de aquella doble desgracia, lloró amargamente y rogó con muchas instancias á su madre que trajese á Emilia en su com-

pañía, pues la quería como hermana y no podía abandonarla á su desgracia. Además, añadió, si nuestros recursos no alcanzasen para soportar estos nuevos gastos, yo trabajaré sin descanso para hacerlos más llevaderos.

Sus padres, que deseaban como ella favorecer á su amiga, la mandaron venir al momento y la ofrecieron ser para ella unos verdaderos padres y no abandonarla jamás.

Teresa, por su parte, se esforzaba en hacerla más llevadera su desgracia, privándose de las cosas que más agradaban á Emilia y cediéndosela de buena voluntad.

Un día la sorprendió sollozando, mientras leía en un bonito libro; y al levantar la cabeza y ver á Teresita, la dijo tiernamente: «Tú me has colmado de bienes hoy que me ves abatida, y yo en cambio te hice derramar abundantes lágrimas cuando la desgracia te perseguía, no porque no te quisiera, sino porque el maldito orgullo se habia apoderado de mí y hacia que te mirase con desden. Hoy, arrepentida de mi anterior conducta, te pido perdon, y te suplico solamente me conserves tu cariño y me trates como á hermana, que yo á mi vez procuraré imitarte y tener siempre presente aquella máxima que dice:

Nunca , con grave desden,  
Desprecies al abatido,  
Que ese que miras caido  
Puede colmarte de bien.



LA NOCHE.  

---

## Plegaria.

Ya la noche  
silenciosa  
con su manto  
nos cubrió,  
y su sombra  
misteriosa  
ruido y luces  
apagó.

---

Ora el ave  
de su nido  
el reposo  
busca ya,  
y el cristiano  
conmovido  
al Eterno  
gracias dá.

---

Yo á tus plantas,

Padre amado,  
te suplico  
con fervor,  
que á mi alma  
del pecado  
libres siempre  
por tu amor.

—  
Y tú, Virgen  
sacrosanta,  
madre pura  
de bondad,  
de mi sueño  
tierna espanta  
los desvelos  
y ansiedad.

—  
Haz que pueda  
cuando el día  
torne el mundo  
á iluminar,  
tus bondades  
¡Madre mía!  
y tu nombre  
pronunciar.

—  
A mi lecho,  
Virgen pura,  
da amorosa

bendicion,  
mientras llena  
de ternura  
te dirijo  
mi oracion!



LA RESIGNACION.  

---

Una noche de las más crudas de invierno, se veía en humilde boardilla una infeliz anciana. A la opaca luz de una vela de sebo trabajaba también, en la misma estancia, una hermosa jóven, de cuyos ojos brotaban de vez en cuando abundantes lágrimas.

La historia de aquellas desgraciadas era en extremo triste. Hacia algunos años que, al morir el padre de Ascension, que así se llamaba la jóven, las había dejado una considerable fortuna en metálico y alhajas, todo lo que les fué sustraído de la casa el mismo día en que fué enterrado el cadáver de su padre. Doña Dolores, que era la madre de Ascension, no dejaba de sospechar quién podría haberlas robado; pero generosa siempre y resignada, no se atrevía á hacer indagacion alguna, temiendo equivocarse.

Entretanto su salud se fué debilitando de día en día, con el escesivo trabajo, y no siendo éste suficiente para atender á sus necesidades más perentorias, enfermó grave-

mente y se halló postrada en un roto jergon, sin comodidad alguna y sin tener lo más necesario para su sustento. La infeliz Ascension bordaba noche y dia para socorrer á su madre; pero era tan poco lo que ganaba que no podía atender ni áun á lo más preciso. En medio de aquella triste situacion, no proferian una sola palabra aquellas dos resignadas mujeres que no fuera para alabar á Dios, pidiéndole nuevas fuerzas para soportar los trabajos que las enviaba, notándose siempre la más santa resignacion en todas sus palabras y pensamientos. La noche de que hacemos mencion, se hallaba mucho más grave la enferma, y Ascension ansiaba el momento de ver entrar al médico, cuando llamaron á la puerta. Abrió la jóven y dió un ahogado grito, al encontrarse con un caballero desconocido que traia el semblante bastante alterado. Doña Dolores volvió la cabeza, y, al fijar su vista en él, exclamó:

—¡El es!

Entonces, el incógnito se postró de rodillas delante de ella, diciéndola:

—Perdon, señora, perdon!

—Alzad por Dios, caballero,—dijo doña Dolores.—¿No quereis siquiera dejarme morir tranquila?

—No, no morireis, vengo á salvaros; Dios

que vé mi arrepentimiento me ayudará. Tomad; aquí os traigo todo el oro y alhajas que os quité. Esta fortuna os proporcionará afamados médicos y cuanto os fuere necesario. Conozco el daño que os he causado y comprendo también que no soy digno de vuestro perdón.

La pobre anciana y su tierna hija derribaban abundantes lágrimas, y cuando ya doña Dolores pudo hablar, porque la emoción la tenía embargada la voz, le mandó se levantara, exclamando:

—Os perdono con toda mi alma. Me habeis hecho mucho mal, es verdad, y hubiera dejado de existir á no haberse compadecido el cielo de nosotras. Yo no podré disfrutar estos bienes, porque veo mi fin cercano; pero mi hija podrá todavía ser feliz.

Al decir estas palabras rompió en copioso llanto, no pudiendo continuar por estar demasiado débil. Entonces el caballero las suplicó se trasladasen á otra casa más cómoda, en la que con un excesivo cuidado, por parte de los mejores médicos y de Ascension, pudo la anciana recobrar la salud por completo. La hermosa Ascension, viendo á su madre buena, cumplió las promesas que habia hecho á la Virgen por el bien de su madre, y ambas vivieron felices muchos años.

Mostrad cristiana paciencia  
Y santa resignacion,  
Y de Dios la Providencia  
Os dará su galardón.



## EL PEREGRINO.

En una pobre aldea distante de París, aunque muchas veces celebrada, por las morigeradas costumbres de sus habitantes, vivian dos mujeres felices, si así puede llamarse á las que, ni envidiadas ni envidiosas, se hallan satisfechas con su modesta posicion. La una, llamada María, linda como la flor que abre su corola al primer rayo del sol que la saluda, contaba apenas quince primaveras; la otra, cuya edad frisaba en los setenta años, era una respetable anciana cuyo nombre y virtudes recordaban á la piadosa *Marta* de que nos habla el Evangelio. Era Marta abuela de María, á la que habia instruido en las sanas máximas de la religion cristiana, haciéndola practicar especialmente la caridad, por ser la virtud más accepta á los ojos del Crucificado. La jóven María, encargada por lo general del aseo y limpieza de su humilde casa, para evitar toda clase de molestias á su abuelita, habia impreso en su corazon desde la infantil edad, los religiosos preceptos que Marta la enseñaba.

Una tarde en que la niña, despues de terminar la fervorosa plegaria que acostumbraba á dirigir á la Reina de los cielos, salió á disfrutar al campo el maravilloso espectáculo que ofrece el astro luminoso en su crepúsculo vespertino, postrada de rodillas, al contemplar las bellezas que á los prados prestan los últimos rayos del sol, exclamaba extasiada cual otra Teresa de Jesús: ¡yo os alabo, Dios mio, y bendeciré vuestro nombre mientras viva! No bien habia dicho estas palabras oye un suspiro, y observando junto á ella á un andrajoso peregrino, se estremece, y quiere huir temerosa. Si el miedo inherente á su sexo la da alas para la fuga, la virtud de su corazon la detiene, porque escucha en lo interior de su conciencia que allí puede ejercitar la caridad, porque aquel hombre es un desgraciado. La virtud vence al miedo y acercándose al pobre peregrino observa que es un anciano que, á juzgar por su rostro cadavérico, se hallaba desfallecido tal vez por el cansancio y la fatiga, tal vez por la enfermedad ó por el hambre. Le pregunta cariñosa quién es, por qué padece, adónde se dirige; mas no oyendo respuesta alguna, no insiste, y con la angelical sonrisa del que ejecuta una buena accion le suplica le siga á su vivienda.

—Dejad de llorar, buen anciano, -- prosigue diciendo la niña; -- apoyaos en mí y yo os conduciré en presencia de mi abuelita; nada poseemos, pero nuestra buena voluntad suplirá á la escasez de nuestras provisiones. El peregrino suspira y con voz ahogada la responde: -- No merezco, hermosa niña, que os compadezcáis de mí. Soy un infeliz á quien arrojaron de su patria y hoy vuelvo á ella tal vez para recibir un terrible castigo. Estoy enfermo y quisiera morir en mi país natal.

—No os desconsoléis, -- le dice la jóven: -- Dios, cuya sabiduría y poder son infinitos, y que jamás deja sin recompensa al que implora su misericordia, perdonará vuestras faltas si le habeis ofendido, devolviéndoos la salud y la tranquilidad de la conciencia.

Al terminar estas palabras, ayudó al anciano á levantarse y le condujo á su casita, en ocasion que Marta la aguardaba impaciente por su tardanza. No bien escucha de su nieta los laudables motivos que la han causado, y ve al peregrino que, postrado á sus piés y sin poder articular las palabras por la debilidad en que se hallaba, la dice estar enfermo, y que hace dos dias no ha probado el pan, manda á María que le dé la frugal cena que para ambas tenían preparada, y le ruega descanse aquella noche en su humil-

de morada. El peregrino accede á las súplicas de sus bienhechoras, descansando aquella noche de sus fatigas; mas no bien amanece el dia siguiente se despide de ellas, y dando un beso en la frente de María, — «jamás olvidaré, — la dice, — hermosa niña, lo que habeis hecho por mí; me despido de vosotras con el corazon henchido de gratitud; tal vez algun dia pueda recompensar vuestros beneficios;» y luego despidiéndose de nuevo de sus protectoras parte de la aldea.

Pocos años despues la decrepita Marta enferma gravemente, sufría ante la idea del triste porvenir que espera á su querida nieta. María lloraba de continuo, y solo hallaba consuelo en las plegarias que dirigia á la Virgen, pidiendo la salud de su abuelita.

Una tarde en que ámbas se hallaban abatidas por el pesar, observaron que un magnifico carruaje tirado por briosos caballos, se acerca á su humilde morada. Extasiadas por aquel lujo que jamás habian visto en su pobre aldea, ni aun se atrevian á mirar la numerosa comitiva que al carruaje acompañaba, y no salieron de su abstraccion hasta el momento en que uno de los ginetes, al parecer el jefe, apeándose de su corcel, se aproximó á Marta, y la saludó afectuoso. — No tembleis, la dijo, buena anciana; no venimos á causa-

ros mal alguno, y si solo á recompensaros en nombre del Rey, por un favor que hace algun tiempo dispensásteis á un hijo suyo.

—Señor,—exclamó la hermosa María,—nosotras no hemos podido hacer nada por su Alteza, porque jamás ni él, ni caballero alguno de Palacio se ha dignado visitar el misero albergue en que vivimos...

—¿Os acordáis,—la interrumpió el mag-nate, que se habia llegado á ellas—de que en una lóbrega noche de invierno guarecísteis bajo vuestro techo á un peregrino?...

—Aquel peregrino era yo!—dijo entón-ces un jóven saliendo del carruaje.—Era yo, que hijo de Reyes, habia abandonado la casa pa-terna, y volvía á ella arrepentido como el hijo pródigo á implorar el perdon de mis faltas. Envuelto en tosco sayal y con luenga barba, fingiendo ser un peregrino, regresaba á mi pátria, despues de largos y penosos sufri-mientos, cuando al llegar á esta aldea, me encontré fatigado y exánime para continuar mi viaje; tú fuiste, María, mi ángel tutelar, suplicando á tu caritativa abuelita que me favoreciese. Vosotras abandonásteis el lecho porque yo me acostara en él, y os privásteis de vuestro alimento para que yo no muriera de hambre.

Venid, señoras,—añadió,—mi padre ha

perdonado mis juveniles yerros, y quiere recompensaros vuestra noble accion; venid á nuestro palacio en el que podais vivir tranquilas, teniendo riquezas que invertir entre los desgraciados.

—¡Jamás!—repuso Marta con entereza,—jamás admitiremos recompensa de tal valor por haber practicado la caridad con el prójimo.

—Si rehusais,—dijo el Príncipe,—sabad que traigo orden expresa de conducirlos, dada por el Rey mi padre. Tomad de vuestra casa lo que tengais en más aprecio, y aceptad la oferta que se os hace. Estais enferma,—la dijo á Marta—y no os perteneceis á vos sola. Debeis vivir para vuestra nieta, y para hacer bien á los necesitados.

Al terminar estas palabras, las obligó á subir al carruaje, conduciéndolas al suntuoso palacio de su padre, en el que vivieron felices, siendo siempre su mayor placer aliviar las desgracias de sus semejantes.

El que con tierna bondad  
socorre al necesitado  
del cielo se ve premiado  
por su santa caridad.



## LA OBEDIENCIA.

Rosita era una hermosa niña, á quien su madre, rica viuda, tenia empeño en adornar de todo lo que constituye una brillante educacion, y en inculcar muy especialmente el agrado en el trato y la obediencia á los preceptos que se la impusiesen. Por fortuna, la celosa madre no vió desairadas las esperanzas que fundara sobre la buena educacion de su hija, y pronto halló el fruto de sus cariñosos desvelos.

En una hermosa campiña, cercana á la poblacion en que habitaban Rosita y su mamá, debia celebrarse una fiesta campestre, anunciada hacia largo tiempo, y á la cual

estaban invitadas todas las niñas del pueblo, amigas de Rosita. Esperaba esta con gran impaciencia ese día feliz de expansión, y tenía, como sus amigas, preparado el trajecito nuevo que había de estrenar en la fiesta.

Llegó, por fin, el día deseado, y un magnífico carruaje apareció á la puerta de la casa de Rosita, para conducir á esta y á las amigas que allí se habían citado, al campo donde debía celebrarse la reunión.

Tras breves momentos de impaciencia, oyóse por fin la ansiada orden de subir al coche, y todas se precipitaron afanosas por ser las primeras, menos Rosita, que las cedia el paso con suma amabilidad. En el momento de partir el carruaje, llamóla su madre y la dijo qué motivos urgentes la obligaban á quedarse en el pueblo, por lo que era preciso se privara de aquella diversion. Sintió Rosita bastante el mandato, pero acostumbrada á la obediencia, se despidió de sus amigas sin demostrar sentimiento alguno y deseándolas se divirtiesen mucho. Subió con su mamá á la habitacion y empezó á desnudarse para colocar cada cosa en su sitio y dedicarse á sus labores; pero su mamá, que solo había querido poner á prueba su obediencia, abrazándola con cariño, en premio de su resignacion, la condujo en un nuevo